

**LA MUJER
EN LA SOCIEDAD
Y EN LA IGLESIA**

María Clara Lucchetti B.

El Reino de Dios se manifiesta en una mujer a quien el demonio impedía levantar la cabeza desde hacía dieciocho años. Enteramente encorvada, no podía sino mirar al mundo que la rodeaba desde la perspectiva que le era impuesta por el espíritu que la poseía. No podía de ningún modo enderezarse, y así, su lugar de referencia estaba restringido al suelo. No podía aspirar a las alturas, a la cima de los árboles y a los espacios infinitos. Un día, Jesús enseñaba en una sinagoga. Era el día sábado. Viendo a la mujer, le impuso las manos y le dijo: "Mujer, estás libre de tu enfermedad". Los que estaban cerca, cuentan haber visto cómo la mujer se enderezaba y glorificaba a Dios. Desconociendo el lugar que le había sido impuesto por tantos años, alzaba la vista y descubría delante de sí posibilidades nuevas en una nueva vida (cf. Lc 13,10-13).

El Reino de Dios se manifiesta también en una mujer samaritana que fue a buscar agua al pozo de Jacob. Un judío, sentado al borde del pozo, le pidió agua para beber. Esto iba en contra de todas las reglas de la sociedad en la que vivían, donde los judíos no hablaban con los samaritanos ni los hombres dirigían en público la palabra a las mujeres. Por eso, ella contestó sorprendida. Dialogaron largo rato. El le reveló su real identidad, y le enseñó la verdad sobre sí misma y sobre el Dios que judíos y

samaritanos pretendían conocer, cada cual por su lado. Le reveló su nombre y le entregó en sus manos el secreto de una nueva vida. Deslumbrada por este descubrimiento, y viéndose -por primera vez- tal cual era, la mujer dejó el cántaro y salió diciendo a todos: "Venid a ver un hombre que me dijo todo lo que he hecho" (cfr. Jn 4,1-29).

El Reino de Dios se reveló también en la palabra de una mujer cananea que, viendo a Jesús, salió detrás de él pidiendo a gritos por la curación de su hija. Los discípulos, acercándose, rogaban a Jesús: "concédeselo, que viene gritando detrás de nosotros". Pero ella, que ya había tomado la palabra, no pensaba callar otra vez. Pidió y gritó, habló y argumentó, hasta que Jesús le dijo: "(...) que te suceda como deseas (cfr. Mt 15,21-28).

Estas tres mujeres que aparecen en los Evangelios son hoy, para nosotras, figuras-símbolo de las etapas por donde va pasando el proceso de la mujer que busca su lugar, su identidad y su misión en la sociedad y en la Iglesia. A pocos meses de un Sínodo cuyo tema es "la vocación y misión del laico en la sociedad y en la Iglesia", la mujer -siempre y necesariamente laica, ya que no tiene acceso a los ministerios ordenados-, no puede dejar de merecer atención y ser objeto de reflexión. Algo nuevo está sucediendo en la Iglesia. Y esa novedad tiene algo que ver con el hecho histórico, pero también "revelador", que la mujer -que formaba la "mayoría silenciosa" del Pueblo de Dios- empieza a hacerse visible, a expresar su palabra, a discernir y a encontrar el camino y la misión que Dios quiere para ella. Pero ese "encontrar" no se hace ni sucede instantáneamente. No se trata tampoco de un debate ideológico entre radicalizadas posiciones (el "machismo" y el "feminismo") que, defendiendo cada cual su punto de vista, endurecen progresivamente sus propias percepciones. Se trata más bien de un proceso que va pasando por las necesarias etapas de "desconocer" el propio lugar, como la mujer encorvada de Lc 13; de acoger la revelación de la propia identidad, como la samaritana de Jn 4; hasta llegar por fin, a romper el silencio y hacer audible su voz. El mismo espíritu de fe que

provocó la ruptura de ese silencio centenario y que dilató los pulmones y la garganta de la cananea de Mt 15, desata hoy en día las lenguas y la voz de muchas mujeres -hermanas y compañeras en el seguimiento de Jesús y en la lucha por la construcción de Su Reino- aportando siempre una mayor presencia cristiana en la sociedad y en la Iglesia.

Intentaremos pues, en esta reflexión, detenernos un poco en el contenido de estas tres etapas. Para esto, nos dejaremos inspirar por el Evangelio y por los Ejercicios Espirituales, instrumento específico de nuestra espiritualidad.

¿Qué significa hoy, para una mujer, desconocer un lugar y una identidad, ajenas a su realidad más íntima y profunda? ¿Qué significa romper el silencio y tomar la palabra, como respuesta "pronta y diligente" al llamado y a la "santísima voluntad" de Dios Nuestro Señor? (cf. EE. 91, 2º preámbulo).

Luego buscaremos, à través de ejemplos de otras tres mujeres del Evangelio, profundizar un poco más en cuál es la contribución específica que el "modo de ser" y el "sentir" femenino ofrecen a la Iglesia y a la sociedad. En otras palabras, trataremos de ver cómo la mujer, asumiendo su lugar, su identidad y su misión, puede ayudar en la Iglesia a descubrir nuevas y fascinantes maneras de realizar la consigna ignaciana de "alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor" (EE. 23) y a discernir de manera más pura y más fiel "el conocimiento de la vida verdadera" (EE. 138) que Jesucristo muestra y enseña.

Finalmente, veremos cómo este nuevo modo de verse a sí misma de la mujer genera también una nueva experiencia de solidaridad, un nuevo "sentir" comunitario y eclesial. Por todos los rincones del mundo, las mujeres despiertan a una nueva vida y descubren a su lado muchas otras compañeras y hermanas que se disponen a emprender la misma marcha y la misma tarea en la construcción de la Iglesia y del Reino de Dios. En América Latina, y particularmente en nuestra realidad brasileña, las mujeres

de los sectores más populares van aprendiendo y enseñando cada día ese "verdadero sentido que en la Iglesia militante debemos tener" (EE. 352). Y en esto caminan juntas y se apoyan mutuamente, teniendo a María de Nazareth como la gran compañera y modelo. Ella muestra, con su vida, la inmensa dignidad de la mujer y la respuesta perfecta de la fe en el seguimiento de Cristo, alcanzando para todas sus hermanas la "gracia de su Hijo y Señor para que sean recibidas debajo de su bandera" (EE. 147).

Desconocer su lugar

Hace algún tiempo, el elogio más grande que se le podía hacer a una mujer era la afirmación de que ella "conocía su lugar". Lugar no elegido por ella misma, sino impuesto; lugar de escucha y no de palabra; lugar de ejecución y no de participación o decisión; lugar anónimo y sumiso, del "otro" lado de lo visible y de lo constatable.

La mujer, en los últimos años, empezó a hacer la fascinante experiencia de "desconocer su lugar". Es decir de no aceptar más, pasivamente, un lugar que se le había impuesto durante mucho tiempo. Con la apertura que el Concilio trajo al interior de la Iglesia, y con el proceso de liberación que avanza a ritmo cada vez más acelerado en todos los niveles de la sociedad, la mujer encontró un espacio abierto y lo ocupó. Entró en un nuevo tipo de relación pastoral y organización eclesial, asumiendo funciones y liderazgos, conquistando nuevos terrenos y, finalmente, reflexionando y empezando a articular un discurso sobre sus nuevas experiencias.

Este "desconocimiento del lugar" de la mujer corresponde, por otro lado, con un "desconocimiento del lugar" por parte de la Iglesia toda. La Iglesia del post-Concilio, que se quiere servidora y pobre, vuelve a su "primitivo lugar": el "lugar normativo" de la Primera Iglesia; donde "no había necesitados" (cfr. Hch 4,34), donde hombres y mujeres compartían hombro a hombro los diversos minis-

terios y servicios: instrucción en la fe y animación de las comunidades (Hch 18,26), anuncio del Evangelio (Jn 4,42; 20,17), diaconía de la mesa (Jn 12,2), etc.

Este nuevo lugar posibilita una visión de la mujer en la Iglesia bajo otra luz.

La revelación de la propia identidad

Al "desconocimiento" del propio lugar sigue el descubrimiento de una nueva identidad. Esta identidad no es algo alcanzable por las propias fuerzas, sino algo recibido de las manos y de los labios de otros.

Durante mucho tiempo, la identidad de la mujer estaba conectada a estereotipos y expectativas "a priori". Con la ruptura y renovación general de los últimos años, esa identidad sufrió -ella también- una ruptura y una radical renovación. Ya no era posible para la mujer, que "desconocía" un lugar impuesto durante tantos años, permanecer con una identidad impuesta. Le era necesario despojarse de las viejas máscaras y exponerse al desafío de ser recreada y recibir del mismo Señor la verdad sobre sí misma: "En eso dijiste la verdad. Ya tuviste cinco maridos y el que tienes ahora no es tu marido" (Jn 4,18).

Los "cinco maridos" de la samaritana pueden ser comparados -en una lectura hecha desde el proceso de revaloración por el que pasa hoy la mujer- a los varios roles que esa misma mujer desempeñaba, respondiendo a las diferentes expectativas impuestas sobre su persona y echadas sobre sus hombros, ajenas a su deseo más profundo.

Escuchar de la boca de otros la revelación de su verdadera identidad significó pues, para ella, redescubrirse portadora de una experiencia real, aunque oculta, ignorada y silenciada por la historia oficial. Significó también ver con ojos limpios y des-velados, escuchar con oídos abiertos y ob-audientes a la Persona del Salvador esperado: "Sé que debe venir el Mesías -el que llaman Cristo...

Cuando venga, nos enseñará todas las cosas". -"Soy yo, que hablo contigo". Significó, consecuentemente, un impulso a hacer lo único posible: hablar de lo que había visto y oído: "Venid a ver un hombre que me dijo todo lo que he hecho", ayudando a que otros crean "por causa de ella" (cfr. Jn 4,39).

La mujer, cuya sed era una insaciable y fragmentada búsqueda de sí misma, bebía un agua que no la satisfacía. Sólo pudo re-encontrar su identidad a partir de la identidad del Mesías, que la sacó de su agotador quehacer -diario y anónimo- en dirección al anuncio de la palabra de Vida. La mujer que estaba "detrás", presente, pero no visible ni audible, toma ahora la palabra. Y esto trae consecuencias serias y positivas para la Iglesia y para la sociedad.

La ruptura del silencio

La palabra pronunciada por la mujer en el seno de la Iglesia es una palabra cualitativamente distinta. Su "hablar" ya no es más el balbuceo inseguro de alguien que tiene la lengua recién des-atada. No es tampoco la catarata verborrágica que llevó a la mentalidad popular a considerar la incontinencia verbal como una de las características de lo femenino. Se trata de un nuevo "hablar", de otro hablar, de un asumir o tomar la palabra consciente y coherentemente, en un discurso articulado y sistematizado. Discurso, entretanto, que trae una marca propia: la marca de "otra" manera, que no exige que la razón aparezca como la única mediadora universal, pero que incluye y mezcla sensibilidad y racionalidad, gratuidad y eficacia, experiencia y reflexión.

De su larga experiencia de silencio, la mujer ha adquirido esa sabiduría, antigua y siempre nueva, que dice que la palabra y el silencio, en armoniosa combinación de gestos, profecías, cánticos, lamentos y consejos, son capaces de articular -pero nunca de agotar- el misterio de la presencia de lo divino en lo humano.

La mujer entiende la vida y la lentitud de sus procesos. La lleva en su vientre, la da a luz al cabo de nueve meses, la alimenta, la protege con su cuerpo, la defiende, la mira crecer. Lleva en su corazón y en su práctica la paciencia -ciencia de la paz-, que sabe hacer, construir y hablar; pero también celebrar, esperar o callar.

La palabra de la mujer al interior del "hablar" eclesial puede aligerar ese "hablar" de toda la dureza racional que pueda tener, puede traer una nueva óptica para leer e interpretar la Escritura y el dato de la Tradición, una nueva manera de comprender y hablar sobre el mundo, sobre la Iglesia, sobre Dios. Un nuevo "sentir de la acción del Espíritu que impulsa a la historia y a la humanidad en el parto de la Nueva Creación.

Sentir a Dios de otro modo

Hay otras tres mujeres destacadas en el Evangelio que nos ayudan a comprender mejor lo que significa la contribución de ese diferente "sentir" femenino dentro de la comunidad eclesial.

La primera es la mujer de **Mc 5,25-34**, que padecía hacía mucho tiempo de un flujo de sangre. En medio de la gran muchedumbre que comprimía y apretaba a Jesús, se atrevió a tocarle el manto, creyendo que de allí vendría su salvación. El mismo Jesús se dio cuenta de la particularidad de ese "toque", bien distinto del contacto de la multitud que lo comprimía y preguntó "¿Quién me ha tocado los vestidos?". Y al ver a sus pies, llena de temor, a la que había tenido el valor de cometer ese delicado gesto de audacia, le dijo: "Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad".

La mujer, que no había podido ser curada por "numerosos médicos" y "había gastado todo lo que tenía sin provecho alguno", pudo ver en Jesús el poder divino de salvación. Y se dijo a sí misma: "Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me salvaré". La mujer de Mc 5, con su

tierna e indestructible esperanza, con su delicada osadía y loca confianza, es capaz de enseñarnos hoy un modo propio y especial de discernir dónde está la Vida verdadera que sólo Jesús puede traer, desde dónde emana la única Fuerza que cura y hace libres a todos los cautivos, y con qué actitud hay que acercarse a esa Fuente inagotable de gracia y purificación.

La segunda es aquella que Jn 12,1-18 identifica como María de Betania y de la cual Mt 26,6-13; Mc 14,3-9 y Lc 7,36-50 omiten el nombre. Es la mujer que no ha tenido "prudencia" ni "medida" para demostrar públicamente el exceso y la radicalidad de su amor por Jesús. El despilfarro del perfume más caro sobre los pies del Maestro quiere significar que nada -ningún gesto, ninguna prueba de amor- es demasiado bueno ni suficientemente grande para Aquél que es el mismo Amor en persona.

Habiendo escandalizado al fariseo Simón y a Judas Iscariote, el gesto enamorado de la mujer es, al contrario, acogido y valorado por Jesús, y convertido en ejemplo de Buena Noticia para todos. La fragancia del perfume derramado llenó toda la casa y el mucho amor demostrado trajo como fruto el perdón, la salvación y la paz, así como la participación en el anuncio del Evangelio.

La mujer enamorada del banquete de Betania nos enseña, hoy, una manera de amar hecha de ardor y pasión, que no mide los riesgos y enfrenta desprecios, incomprendiones y persecuciones; que derrama hasta la última gota de lo más precioso que tiene para que el Señor sea alabado, reverenciado y servido. Y también para que el mundo pueda "oler" el perfume de la Buena Nueva del Amor y creer en la salvación traída por Jesús.

Finalmente nos encontramos con María de Magdala, la discípula de Jn 20,11-18 que, en la madrugada del primer día de la semana, llora sin consuelo delante del sepulcro vacío de su Señor. Nada ni nadie podría haber transformado su tristeza en alegría, excepto el escuchar su nombre: "María". Ese nombre, pronunciado al alba de la Resu-

rrección, trae en sí mismo una misión: "Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios". Esa misión nueva, hecha de libertad y compromiso, es percibida por la mujer como un don del Espíritu, que mueve y sopla por donde quiere, y que permite reconocer -en aquel hombre que la llamaba "María"- al Resucitado que envía en misión para anunciar la Buena Noticia. Escuchar el propio nombre de la boca del Resucitado es el camino para asumir con toda fuerza la misión recibida y lanzarse, con los compañeros y compañeras -hermanos y hermanas de Jesús y suyos- a construir el Reino de Dios.

La discípula que vio al Señor Resucitado y escuchó su nombre de sus labios nos enseña hoy la necesidad de esperar y buscar la manifestación de la vida y anunciar su victoria invencible, aun en medio de la muerte y del llanto. Creer que de un sepulcro vacío puede salir la voz del Amor más fuerte que la de la muerte; discernir y reconocer ahí, en esa experiencia de amor sentida y saboreada, al maestro (Rabbuní) que envía en misión en favor de la vida en plenitud para todos, es algo que la mujer es llamada a convertir en palpable realidad en un mundo marcado, muchas veces, por el escepticismo y la sordera.

Solidarias y unidas... con María la Madre de Jesús (cfr. Hch 1,14)

El lento, nuevo y reciente despertar de las mujeres no se hace como la suma de experiencias aisladas. Junto con el redescubrimiento de la propia identidad y el discernimiento de la misión recibida, la mujer hace también la experiencia de una nueva solidaridad. Solidaridad que le dice no estar sola en ese camino y que, por lo tanto, la llena de ánimo y fortaleza para seguir adelante.

Esa es la experiencia fundamental, en América Latina, de las mujeres de los medios populares, que poseyendo como única riqueza el evangelio de Jesús, van asumiendo

el liderazgo y la dirección de la gran mayoría de los cada vez más numerosos círculos bíblicos y comunidades eclesiales de base (CEBs), dando a la Iglesia latinoamericana un rostro nuevo y lleno de vida. Esa es, también la experiencia de las innumerables catequistas que se hacen responsables de la pedagogía de la fe y la asimilación más profunda del Evangelio, anunciado en los rincones más lejanos y escondidos de nuestro continente. Es, también, la experiencia de muchos grupos de mujeres organizadas alrededor de un trabajo común, motivadas por la fe: clubes de madres, huertas y hornos comunitarios y muchos más.

Esas mujeres encuentran en María de Nazareth -en su vida y en su práctica-, el modelo y el ejemplo que les da fuerzas para seguir adelante en su lucha y en su servicio al Evangelio y al Reino. Sienten que María las acompaña de cerca.

Para la mayoría del pueblo más pobre de nuestro continente María es, prevalentemente, la madre del cielo, Nuestra Señora, protectora, santa y gloriosa. Sin embargo, no son pocas en este momento las comunidades populares que, a este rasgo de la piedad mariana, agregan otras dimensiones que describen y ven a María como hermana mayor y compañera de camino, con muchos amorosos rostros: La Morenita de Guadalupe, que se apareció al indio Juan Diego en México; la Negra Aparecida, que se hizo encontrar en las aguas del río Paraíba, en Brasil; la Purísima de Nicaragua, la Virgen de la Caridad de Cuba, etc.

En las Comunidades de Base, donde la presencia y también el liderazgo de mujeres es un hecho visible y significativo, en donde la Iglesia se renueva por la lectura de la Biblia en diálogo con la vida y por el compromiso con la causa de los desposeídos, allí empieza a emerger una figura de María, venerada y amada no solamente como la dulce Virgen del "Fiat" o la Reina Gloriosa del cielo, sino también como la valiente y profética Hija de Sión, del Magnificat, comprometida en la lucha por la justicia, fiel a su Dios y a su pueblo.

Ahí, en ese contexto, los pasajes evangélicos donde María aparece como protagonista son re-valorados y re-leídos: el jubiloso encuentro entre María y su prima Isabel (Lc 1,39-44) es percibido como modelo de unión y servicio basado en la oración, semejante a muchos grupos de mujeres del Club de Madres de la Vila Santo Operario, barrio obrero del municipio de Canoas, al extremo sur del Brasil: "Cuando se encontraron María e Isabel, ahí fue fundado el primer Club de Madres". La intervención de María en el episodio de Caná (Jn 2,1 ss) la revela como la mujer siempre atenta y disponible a las necesidades de los otros, "anticipando" la "hora" de la fiesta de la Nueva Alianza. Así lo sintieron y expresaron las centenares de coordinadoras de CEBs -reunidas en julio de 1986 en Goiás, centro-oeste de Brasil, para el Sexto Encuentro Intereclesial de CEBs- que titularon su documento de conclusiones: "renovadas en la esperanza y acompañadas por María, la madre de Jesús y por nuestros mártires". Finalmente, la presencia junto a la Cruz de su Hijo, "de pie" (cfr. Jn 19,25), la convierte en símbolo de esperanza y resistencia para tantas madres latinoamericanas que pasaron y pasan por la dolorosa y desgarradora experiencia de ver a sus hijos muertos por el hambre, la violencia, la persecución, y siguen adelante, llevando con fuerza y valor la fe y la lucha por la vida. Luchan para que otros puedan tener, en plenitud, esa vida a la que no tuvieron derecho sus hijos.

La experiencia de la fe es el motor que hace que esas mujeres asuman luchas bien concretas, con un alcance social y político, pero sobre todo evangélico, en favor de su pueblo. Así lo siente y lo expresa la coordinadora de una comunidad de un barrio periférico de Río de Janeiro: "La lucha la hacemos en el sindicato y en la asociación de pobladores. Pero en la comunidad, tenemos lo principal: La Biblia, que nos da luz; la unión que nos hace fuertes y la oración que nos da ánimo".

María es, pues, para esas y para todas las mujeres de hoy que emergen delante del mundo como sujetos ecle-

siológicos activos, verdaderamente "bienaventurada entre todas las mujeres", ya que en ella Dios dignifica la mujer, alzándola a dimensiones inimaginables. "En María, el Evangelio ha penetrado la feminidad, la ha redimido y exaltado. Esto es de capital importancia para nuestro horizonte cultural, donde la mujer debe ser valorada mucho más y en el cual sus tareas se están definiendo con más claridad y amplitud. María es una garantía para la grandeza de la mujer, nuestra forma específica del ser mujer, con esa vocación de ser alma, dedicación que espiritualiza la carne y encarna el espíritu (Puebla 299). Por eso, es íntima colaboradora de la misión de su Hijo y, junto a El, protagonista de la historia de la humanidad creada -macho y hembra- a la imagen de Dios (cfr. Puebla 293).

El Papa Pablo VI la apunta como una mujer que, "lejos de ser pasiva o alienada, ... no dudó en afirmar que Dios es vengador de los humildes y oprimidos, y que derrumbaba del trono a los poderosos. Es modelo no sólo para las mujeres sino para todo discípulo y discípula del Señor, incluso en el empeño para la liberación y realización de la justicia" (*Marialis Cultus* 37).

Y el Papa Juan Pablo II, en su reciente encíclica **Redemptoris Mater** 46, dice que "la figura de María de Nazareth proyecta luz sobre la mujer en cuanto tal, por el mismo hecho de que Dios, en el sublime acontecimiento de la Encarnación del Hijo, se ha entregado al ministerio libre y activo de una mujer. Por lo tanto, se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en Ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su verdadera promoción. A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo".

María es, pues, la mujer deseada y amada por Dios

desde toda la eternidad. Contemplativa, sabe traducir en acción la Palabra escuchada y encarnada. Con refinada y sutil atención, laborioso discernimiento y alegre valor, nos convoca a todos los cristianos, hombres y mujeres, a "hacer lo que El nos diga" (Jn 2,5), hoy y siempre... hasta que El venga por segunda vez.

Hasta que El venga

La mujer, después de "desconocer su lugar" y descubrir el rostro de su identidad, se hace visible y toma la palabra, enseñando en la sociedad y en la Iglesia un nuevo modo de sentir, buscar y encontrar a Dios. Enseñando también un estilo radical y apasionado de amar, una atención y una fidelidad sin límites para discernir la misión a la que es enviada en beneficio de todo el Pueblo de Dios.

Hoy, en la Iglesia y en la sociedad, a las puertas del Sínodo que se propone reflexionar sobre la vocación y misión del laico, asistimos al milagro de la aparición siempre más visible y audible de la mujer. Por mucho tiempo, la mujer parecía permanecer al margen del lado visible de los procesos históricos. Su irrupción, cada vez más fuerte y evidente, hace percibir que esa aparente ausencia consistía, en verdad, en la contrapartida de una presencia que, desde el "otro" lado, en el revés de los tiempos, tejía una espesa y consistente trama, hecha de dolores y alegrías, angustias y esperanzas, muerte y vida. Es esa trama la que viene ahora a la luz, con sus múltiples colores y matices, des-velando delante del mundo aspectos insospechados de la revelación de Dios, mostrando que se puede "sentir" a Dios de otro modo, que hay siempre nuevos caminos para discernir lo que el Espíritu sigue diciendo hoy y siempre de las Iglesias con respecto al misterio de la Encarnación del Verbo, como en **aquel** tiempo, a la joven Myriam de Nazareth, desposada con un varón de nombre José (Lc 1,27).

Y el Verbo, Palabra de Dios que, en la plenitud de

los tiempos, tomó carne de hombre en el vientre de carne de la mujer María, se convierte en anuncio alegre y esperanzador en la boca de toda esta multitud de antiguas silenciosas, que ahora se unen en un solo corazón y una sola alma, un solo cántico, diciendo a todos la Buena Noticia de la Encarnación, muerte y resurrección del Señor... hasta que El venga (cfr. 1 Cor 11,26).

Hasta que El venga, estarán las mujeres empeñadas en discernir su voluntad y seguirlo hasta Jerusalén, en construir su Reino y anunciar su Palabra, en mostrar al mundo la manera femenina de sentirlo y experimentarlo, hecha de paciencia y ternura, de gratuidad y firmeza, de creatividad y constancia. Y cuando El venga, las encontrará vigilantes y despiertas, cuerpos ceñidos, lámparas encendidas, y las sentará a la mesa de Su Fiesta (cfr. Lc 12,35).

Y el Reino de Dios se manifestará en la comunión de hombres y mujeres que, sin discriminaciones ni opresiones, asumiendo maduramente la riqueza de sus diferencias, construirán juntos la Nueva Humanidad, imagen de Dios.